

Con paella y sin patria

Joan Fuster decía que es una «comida de pobres que se come en los hogares oscuros»

BRUNO FERNÁNDEZ TERRASA



Si nada lo evita, la Generalitat Valenciana dedicará el año 2022 a Joan Fuster coincidiendo con el centenario de su nacimiento. Sí, lo deseable es que alguien lo evite, pues el suecano es el apóstol del sucursalismo catalanista y el máximo referente del autoodio valenciano. El pasado día 3 de noviembre, sir ir más lejos, el director adjunto y jefe de Opinión de este mismo periódico, Pablo Salazar, afirmaba en un artículo titulado 'Desmontando a Fuster' que «por más que se empeñen en citarlo en sus discursos y en enseñarlo en las escuelas y en las aulas universitarias, la propuesta fusteriana ha fracasado». También añadía que «las tesis de Fuster no es que no tengan encaje, es que resultan desfasadas y absurdas». Por otro lado, lanzaba una sentencia terrible al afirmar, acertadamente, que «la batalla de la lengua ha sido ganada por el bando normativo/catalanizador». Esto es así, aunque yo soy de la opinión de que, contra viento y marea, ambas batallas, la política y la lingüística/cultural, podrían acabar ganándose. Siempre y cuando esa gran parte de la sociedad valenciana que se mantiene parálitica o ignorante se despoje de los complejos y comience a actuar sin remilgos contra lo que percibe en la intimidad como una agresión sostenida. Y sin prácticamente un momento de tregua nos desayunamos con que la segunda autoridad autonómica, Enric Morera, y el conseller de Educación, Vicent Marzà, compadrecan con el sedicioso Jordi Cuixart en otro aquelarre independentista de esos organizados por Eliseu Climent. O nos almorzamos con que, por aprobación de los miembros de la mesa del Senado del PSOE y del único del PNV, se ha avalado el uso de términos como «país valencià» o «països catalans» en la Cámara Alta. ¿Se imaginan que algún grupo parlamentario de la derecha presentara un documento que contuviera el término «provincias vascongadas» para referirse al actual País Vasco? Una detrás de la otra. Fantasmas que sólo vemos los reaccionarios, claro. Ah, bueno, el Consell nos albricia que ha decretado la declaración de nuestro plato más emblemático, la paella, como Bien de Interés Cultural Inmaterial. Solucionado. Me congratulo y me sorprendo a la vez, es el mismo Consell de la Generalitat Valenciana que dedicará el próximo año a honrar a un señor que afirmaba sin mucho tacto que la paella es una «comida de pobres que se come en los hogares oscuros».

Nada nada, que los valencianos nos desvanecemos en el aire como pueblo, ¡pero qué paellas nos vamos a seguir metiendo entre pecho y espalda todos los domingos! De postre, crema catalana... y coronamos los nuevos tiempos.